

De Amor y Otras Cosas

Iris Martinaya



Autora: Iris Martinaya

Relatos cortos

Índice

Solo ella.....	3
Una de Zombies.....	11
Mía.....	18
Rescate al límite.....	24
Difícil pasado, oscuro presente.....	30

Solo Ella

La mujer detrás del escritorio, las miraba sin poder disimular la pena en sus ojos. Había conocido a Sarah y a su hija Sienna seis meses atrás, y sabía lo dura que había sido la vida con la chica de apenas diecisiete años.

—Dígame doctora, ¿qué tiene mi hija? —Sarah preguntó con la voz enronquecida por la emoción, conociendo ya la respuesta a su pregunta.

Sienna, sentada al lado de su madre, se mordió el labio inferior intentado contener las lágrimas que pujaban por salir, apoyó sus manos en el regazo enlazando fuertemente los dedos entre sí.

La mujer miró de la una a la otra, preguntándose si sería capaz de soportar la pena que sabía les echaría encima.

—¿Está segura que quiere que le cuente todo... ahora? —Preguntó a su vez observando el casi imperceptible temblor que sacudía el cuerpo de Sienna.

—Sí —Sienna respondió por su madre que, instintivamente buscó la mano de su hija y la apretó mostrándole su acuerdo.

La doctora movió sus papeles de un montón al otro y viceversa, sin duda buscando la mejor manera para comunicar las malas noticias que tenía para ellas.

—El cáncer ha vuelto —dijo finalmente—. Lo siento... Sienna —miró a la joven a los ojos—, tendrás que volver a someterte a la quimioterapia.

—¡No! —Sienna no lo pensó—. No volveré a pasar por eso —miró a su madre con las lágrimas ya rodando por sus mejillas—, y tampoco toleraré que tú vuelvas a sufrirlo —le dijo.

Sarah volvió a apretar la mano de su hija. Después del último tratamiento, que fue devastador para ambas, acordaron que Sienna no volvería a someterse a más sesiones de quimio.

Sin dejar de mirar a su hija, y sintiendo como el corazón se le rompía en mil pedazos, asintió tragando el nudo que le oprimía la garganta.

Unos minutos más tarde y tras recibir instrucciones y recetas para el dolor que Sienna sabía muy bien, llegaría a ser insoportable, si soltar sus manos, salieron del hospital.

Sarah y su hija Sienna se habían mudado al pequeño pueblo en las montañas hacía solo unos meses. Pensaron que el aire puro le haría bien a la precaria salud de Sienna, pero no había servido mucho. La enfermedad las había seguido hasta allí y a la joven ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando.

Resignadas, abandonaron el pequeño aparcamiento de la clínica.

A esas horas de la mañana, las calles de la localidad estaban en pleno apogeo. La gente era amable y hospitalaria y enseguida acogieron a las dos mujeres, a las que no les costó nada hacer muy buenas amistades entre los habitantes del pueblo.

Cuándo el pequeño utilitario de Sarah aparcó frente al edificio de madera oscura que era su casa, Marie una de las vecinas y gran amiga de la madre de Sienna, salió a recibirlas retorciéndose las manos con nerviosismo y con la angustia marcada en su rostro moreno.

Sienna fue la primera en bajar del coche y sin necesidad de palabras, Marie comprendió que no traían buenas noticias.

La mujer abrazó a la chica y besándola en la sien le dijo:

—Todo se arreglará, ya lo veras.

Sienna quiso decir que ya nada se podía hacer, que no había nada que arreglar, pero la mujer la miró con tal sabiduría en los ojos que a Sienna no le quedó más que guardar silencio.

La chica se apartó y entró en la casa dándole así a su madre el momento a solas que sabía estaba necesitando.

Cuándo la puerta de la casa se hubo cerrado tras su hija, Sarah aún dentro del automóvil, se derrumbó sobre el volante dando rienda suelta al dolor que le oprimía el pecho.

Marie se quedó un momento más donde estaba, hasta que finalmente, secando sus propias lágrimas, fue junto a su amiga.

Abrió la puerta del coche, se acuclilló a su lado, acarició su pelo, su espalda mientras susurraba palabras de consuelo.

Sarah notó la consoladora presencia de Marie, giró el cuerpo y se fundió en un abrazo con ella.

Las dos mujeres permanecieron así por un buen rato, hasta que Sarah pudo controlar el llanto, el temblor que sacudía su cuerpo menudo.

—No sé qué hacer —confesó aún en los brazos de Marie. Sarah se consumía cada día un poco más, viendo como su hija se iba y sin poder hacer nada.

—Todo saldrá bien —Marie trataba de reconfortarla.

—Le prometí que no volvería a pasar por la quimio, pero... —Sarah no podía pronunciar las palabras—, tengo que dejarla ir —terminó rompiendo a llorar de nuevo.

Unas horas después en su habitación, Sienna se echó en la cama y cerró los ojos rogando por el olvido que traería el sueño, por no tener que enfrentar la realidad; la cruda y dura verdad. En pocas semanas, abandonaría este mundo.

Oculto entre las sombras de la noche, el lobo observaba la ventana en la que cada noche clavaba sus negros ojos hasta la llegada del amanecer.

La brisa arrastraba la esencia de su amada trayéndola hasta él. El animal que una vez fue hombre, alzó la cabeza y olisqueó el aroma empapándose en el, embriagando sus sentidos.

Esa noche notó algo distinto; miedo, dolor, enfermedad... y muerte.

Las nubes se movieron despejando a la luna y el lobo lanzó un lastimero aullido al cielo.

Su amada, su niña inalcanzable, su amor imposible, se iba de este mundo.

Clavó las garras en la tierra, gruñó sin saber a quién. ¿A ese cruel destino que quería arrebatarse a quien nunca fue suya?

¡No! ¡No! ¡No! –Gritaba en su mente.

Se arriesgó a acercarse un poco más a la ventana del segundo piso tenuemente iluminada.

Con cuidado, trepó por el viejo roble junto a la casa. Las cortinas estaban descorridas, los cristales abiertos, su niña estaba encogida sobre la cama. No podía verle el rostro, pero sí notó como temblaba, como si tuviese frío, como si estuviese llorando...

Ese músculo en su pecho animal, al que llamaban corazón, lloró por ella, por su niña, por su Sienna.

Ni Dylan, ni el lobo que ahora era, lo soportaron.

De un potente salto, llegó al suelo, aterrizando sobre sus cuatro patas. Echó a correr lo más velozmente que sus miembros le permitieron.

La brisa peinaba hacía tras su oscuro pelaje. De sus ojos manó un desconocido líquido que le cegó por un momento, pero el lobo siguió corriendo.

Los músculos le ardían, jadeaba casi sin aire, pero continuó y continuó.

Subió hasta lo más alto de la montaña, lo más cerca posible de la luna, a quien aulló reprochándole por la vida que se llevaba.

Ladró y aulló durante horas. A él se le unieron otros, que le acompañaron en su duelo.

Unas semanas más tarde, Sienna se encontraba tan débil que apenas podía salir de la cama. No pudo volver al pasear por el bosque que tanto amaba. No había podido observar desde lejos a su lobo. Él si la había ido a visitar.

Cada noche, Sarah la ayudaba a acomodarse en el alfeizar de la ventana, desde donde envuelta en una manta, esperaba a su secreto visitante nocturno.

Durante horas se miraban el uno en los ojos del otro.

Sienna sabía que era una locura, pero le gustaba que su lobo fuese lo último que veía cada noche, pues también era lo primero que le venía a la mente cada mañana.

El día se acercaba, Sienna lo sabía, lo sentía.

—Quiero ir al bosque –le pidió aquel crepúsculo a su madre.

—Nena es tarde, hace frío –Sarah intentó convencerla, aunque sabía bien que le daría lo que le pidiera.

—Por favor... —rogó Sienna.

Una hora más tarde Marie y Sarah acomodaban a la chica en una roca plana desde la que tantas veces había observado las marrones hojas caer, la brisa mecer los pinos, la vida pasar...

—Mi niña, ¿quieres estar un rato a solas? –Preguntó Marie con un extraño brillo en los ojos.

—¡Pronto caerá la noche! –Protestó Sarah—. No podemos dejarla sola.

—Ella necesita despedirse –susurró Marie y Sarah hundiendo los hombros, besó la sien de su hija y asintió.

Una vez a solas, Sienna miró a su alrededor buscando a su lobo.

Por una esquina del claro, caminaban en su dirección dos grandes y oscuras sombras. Una de ellas, la habría reconocido en cualquier; era su lobo, el otro no lo había visto antes.

Sienna no tuvo miedo; sabía que no le harían daño.

Extendió la mano hacía su lobo, esperando que se acercara, rogando porque lo hiciera. Había soñado tantas veces como sería su tacto; hundir sus dedos en su negro pelaje, maravillarse con su suavidad.

El lobo caminó hasta su niña, seguido por su padre, que había entrado en fase para acompañarle. Sabía que esa noche necesitaría su apoyo, su ayuda.

Se plantó ante ella y con cuidado de no asustarla, olfateo la mano que le tendía. El final estaba cerca, pudo olerlo en su piel, su corazón se retorció por el dolor.

Cuando estuvo seguro de que no tenía miedo, se acercó más y dejó que ella lo acariciara. Frotó su cabeza contra sus dedos tibios y volvió a sentir como ese líquido salado salía de sus ojos. Miró hacía arriba, a su niña y vio que de sus azules lagunas manaba la misma humedad.

—Hazlo hijo –su padre habló en su mente—. Si ella te ama, si su amor es puro como creo, los dos os salvaréis. Tu gen curará su enfermedad y su amor por ti, hará que vuelvas a ser un hombre. Podrás controlar la transformación como todos los que ya encontraron el amor.

Dylan sabía que los de su clase no controlaban los cambios de fase hasta no encontrar el amor verdadero, sabía que si Sienna era el suyo y él el de ella, los dos se salvarían, pero...

—Y si ella no me ama; nos condenaremos los dos —le respondió a su padre mentalmente.

Si el amor de Sienna no era puro, si había el más mínimo resquicio de duda en ella, los dos vagarían hasta el fin de sus días sin nada que hacer más que aullarle a la luna.

—Es un riesgo que tienes que correr —avisó su padre mientras retrocedía para dejarle a solas—. Es eso o... despedirte de ella... para siempre.

Dylan gimoteó. No podía, no quería dejarla ir.

Subió a la roca en la que ella estaba sentada.

No sin dificultad por la extrema debilidad que la embargaba, Sienna se movió un poco para dejar que su lobo se acomodara a su lado. Sin dejar de acariciarle, se recostó en el mullido edredón que su madre colocó sobre la fría piedra.

Juntos observaron a la luna por largo rato, mientras la oscuridad de la noche terminaba de cubrirlos con su manto estrellado.

Sienna suspiró notando como el fin estaba cada vez más y más cerca.

El lobo gimió, como si el también lo supiera, lanzó un aullido, se removió a su lado mostrando su disconformidad.

Más tarde, cuando el cansancio la venció, Sienna cerró los ojos y sintió como el lobo cambiaba de posición a su lado, como su aliento le calentaba el cuello.

Un segundo después unas punzadas le atravesaron la piel, lanzando dolorosos rayos que alcanzaron hasta su misma alma.

Unas semanas más tarde...

Dylan trepaba por el viejo roble hasta la ventana de Sienna. A Sarah no le importaba recibir al joven en su casa; cualquier día y a cualquier hora, pero a los dos enamorados les gustaba pensar que sus citas eran secretas.

El cristal se abrió y los brazos de la chica se envolvieron en el cuello de un jadeante Dylan.

—Hola mi amor, te eché de menos.

—Y yo a ti —respondió cuando hubo recuperado el aliento.

La luna iluminaba la habitación mientras los enamorados se besaban bañados por su brillante luz.

Desde la casa de enfrente, una silueta observaba la escena y asentía satisfecha.

Una de Zombies

Las cuerdas aprisionaban mis muñecas provocando rozaduras de las que manaban hilillos de sangre que, goteaban en el suelo produciendo un tintineo. Por enésima vez traté de liberarme, mientras dejaba que mi mente vagara de nuevo por el pasado más reciente.

La vida en los suburbios era dura para una chica sin familia. Durante años había vivido en la calle, alimentándome de la basura, durmiendo entre cartones, escondiéndome en portales, sobreviviendo como podía. Por todo ello, no dudé ni un instante en confiar en aquel hombre, que me prometió una vida llena de lujos y glamur. Serás una modelo famosa, -me había dicho el tipo con un brillo calculador en la mirada, algo que en ese momento y por mis ansias de superarme y escapar de aquella infernal vida, no tuve en cuenta. Y ahora estaba aquí, atada de pies y manos, confinada con otras cinco chicas en un húmedo cuartucho a la espera de que esos cerdos, entregaran nuestros cuerpos doloridos por las constantes palizas y las vejaciones a las que nos habían sometido, a otros canallas aún más crueles e inhumanos que ellos.

Fuera se oyó un estruendo. Parecían gruñidos de animales, como si una jauría de perros rabiosos se hubiera enzarzado en una pelea. El pánico empezó a cundir entre las chicas. Una de ellas presa de la desesperación y el miedo, consiguió doblarse sobre sí misma y mordía frenética las gruesas sogas que le ataban las piernas. Las demás tratamos de imitarla. Algunas acostumbradas al ejercicio, aunque no fuera en un lujoso gimnasio, sino por haber tenido que huir en más de una ocasión de los maderos, o de pandilleros dispuestos a acabar contigo, lo conseguimos, el resto animaban a las que estaban a punto de liberarse, rogando porqué estás llegado el momento no corrieran y las olvidaran en aquél cutre agujero.

La primera en soltarse era una mujer alta, de pelo rubio platino y perfectas medidas, que había estado llorando sin parar durante los tres días que llevábamos de cautiverio. Se colocó de espaldas delante de su compañera

de encierro para que está a su vez mordiera las cuerdas que aún amordazaban sus manos. Sin perder un segundo está se afanó en roer las amarras de su compañera, mientras las demás no quitábamos ojo a la puerta donde la jauría seguía rugiendo.

La japonesa fue la segunda en poder utilizar sus cuatro extremidades. Tras haber ayudado a la rubia a liberarse, esta la desató. Admiré a la chica oriental por su compañerismo, habría desgastado sus dientes, pero no cesó en su empeño hasta que las sucias cuerdas de la rubia cayeron al suelo en una maraña deshilachada, eso era una mujer fuerte, -pensé que de tener que elegir con quien escapar de aquí la elegiría a ella. Las que podían usar las manos ayudamos a las demás, mientras que el resto trataba de hallar la manera de salir de aquel oscuro y húmedo agujero, sin tener que pasar por aquel infierno en que parecía haberse convertido el exterior del cuartucho y del que solo una delgada puerta nos separaba.

Un ventanuco pequeño y demasiado alto, era la única apertura de la que el zulo disponía, con lo cual no nos quedo de otra que armarnos con dos viejas sillas que habíamos lanzado al suelo hasta reducirlas a astillas y con el máximo sigilo, aventurarnos a salir.

Aquello era una carnicería. Los cuerpos de nuestros captores se hallaban desmembrados, desperdigados por suelos y paredes. Sus estómagos abiertos, de los que asomaban sus asquerosas vísceras, estaban esparcidos por doquier. A uno de ellos parecía quedarle aún un hilo de vida, pues extendía sus dedos suplicantes y temblorosos hacia nosotras, mientras que sus ojos desencajados, rogaban ayuda en silencio. El hedor a carne podrida era insoportable. Taponé mi boca con la mano, mientras me sujetaba el estomago con la otra, tratando de contener las arcadas. Los gruñidos feroces de aquellos extraños seres llenaban la habitación. Las figuras que se arrastraban sobre los pútridos cuerpos sangrantes, parecían humanas. Vestían harapos grasientos y con manchas rojas que deduje debía ser la sangre de sus víctimas. Sus caras tenían agujeros tan grandes como cráteres, como si el acné juvenil se hubiera cebado en ellos a lo bestia. Los

pútridos dientes negros, parecían afiladas cuchillas, a juzgar por la facilidad con que estaban dejando en los huesos a los cuatro fornidos hombres que durante días nos habían golpeado, vejado, humillado y violado sin descanso. No pude evitar el sentimiento de satisfacción que me produjo verles castigados de aquella cruel e inhumana manera. Mis compañeras debían pensar igual, pues la negra que media casi dos metros y a la que más veces habían doblegado a golpes, se acercó al solicitante de ayuda y le pateó la cabeza con saña. Las demás nos quedamos absortas en la escena sin percatarnos de la atención que habíamos levantado sobre nosotras por parte de aquellos carnívoros, que se relamían al oler la nueva oferta de carne que se les presentaba. La negra se cansó de cocear al cerdo numero uno y se arrinconó con las demás, que ya nos habíamos hecho una piña contra la pared, mientras que veíamos con terror como los caníbales se nos acercaban lentamente, lanzando gruñidos y dentelladas al aire. Moví mis ojos rápidamente, barriendo el escenario, en busca de un arma más potente que aquella pata de silla en la que había clavado las uñas con tanta facilidad que no pude dejar de pensar en que, para los dientes de aquellos monstruos resultaría tan blanda como el más suave algodón.

La hermosa vista del cañón de una beretta, provocó que mis ojos brillaran. Solo tenía que distraer a estos zoquetes que, a pesar de parecer fieros, sus movimientos me decían que no poseían demasiada inteligencia y llegar hasta el secuestrador número dos, de cuyo bolsillo desgarrado asomaba el cañón de la pistola.

Las chicas lloraban descontroladas abrazándose unas a otras, solo la japonesa parecía estar buscando una manera de escapar. La miré y nos comunicamos sin necesidad de palabras. La rubia de curvas perfectas sin quererlo ayudó al frente común que la japonesa y yo acabábamos de formar, arrojando de un empujón a la más chillona del grupo que, histérica al verse caer en manos de los caníbales, se aferraba a los brazos de la rubia tratando de arrastrarla consigo.

Los engendros no perdieron tiempo. Se lanzaron como perros rabiosos en busca de un sabroso hueso. Una punzada de culpabilidad casi consiguió que fuera en su ayuda. Aquello solo duró un instante. Cuando mi cerebro empezó a funcionar de nuevo y cubierta por mí nueva compañera de armas, me tiré a por la beretta. Había visto más de una pistola en mis años callejeros, así que no me costó demasiado amartillar el arma, quitar el seguro y apuntar al enjambre de abejas que parecían formar aquellos monstruos sobre el cuerpo de la chica que ya hacia unos segundos que había dejado de gritar, lo que quería decir que al menos su tortura había acabado rápido.

Algunos de los carnívoros cayeron bajo la ráfaga de disparos que lancé. Otros, furiosos por la interrupción de su almuerzo, cargaron contra nosotras. El resto de las chicas se escudaban en mí y en la oriental, que a pesar de que la única arma que blandían sus manos seguía siendo la madera podrida de la pata de una vieja silla, poseía tal determinación por salir con bien de aquel sucio cuchitril que todas, incluyendo la negra de dos metros, se escondían detrás nuestra cual bebés indefensos. Aquello empezaba a cabrearme. Tanto que intercambiando una rápida mirada con mi camarada decidimos que debíamos repetir la operación-distracción que la rubia de medidas perfectas había realizado unos minutos antes. En dos ligeros movimientos la rubia fue pasto de los zombis, mientras que el resto, cuan alma que lleva el diablo pusimos pies en polvorosa a la velocidad de la luz.

Antes de flanquear la puerta, y tratando de ignorar los alaridos de dolor que la rubia profería a todo pulmón, un nuevo obstáculo se presentó. El cabrón número uno al que nuestra amiga Jonhson había pateado hasta la muerte, resultó que aún no lo estaba y se aferró a la pierna de la negra clavando sus dientes que ya habían cambiado de blancos y brillantes a pútridos y negros. La negra chilló como un cochinillo. La japonesa y yo tiramos de ella enérgicamente sin importarnos que uno de sus miembros inferiores quedase atrás y seguimos corriendo, con ella a remolque.

¿Por qué la salvamos a ella y no hicimos nada por las demás? Era algo que me pregunté constantemente cuando al salir al oscuro y desconocido callejón al que daba aquel antro en el que nos habían tenido encerradas y pude ver con claridad como por la boca de la mordida salían unos vomitivos espumarajos.

Aun empuñando el arma, la aparté de mi lado de un empujón que teniendo en cuenta que le faltaba casi la mitad de una pierna, ni siquiera consiguió que se tambalara.

-Dispárale- bramó la única chica que quedaba, a parte de la japonesa, a la que no había escuchado hablar, ni gritar en los tres días de horrores que habíamos vivido. Ni siquiera cuando esos hijos de puta se la llevaron a rastras para someterla al mismo tratamiento al que nos habían sometido a las demás, se oyó un solo quejido por su parte. Era toda fuerza y contención y cada vez sentía más admiración por ella.

La beretta me empezó a temblar entre las manos. Una cosa era empujar a alguien para salvar tu vida, o disparar contra unos monstruos y otra muy distinta meterle una bala entre las cejas a una mujer que había vivido el mismo horror que tú y que te miraba con ojos suplicantes mientras las arcadas la acosaban provocando que se doblara sobre sus casi dos metros, vaciando su estomago con unos sonidos huecos que hacían daño a los oídos.

Mi compañera de armas, colocó su escaso metro cincuenta y cinco detrás de mí, sujetó mis temblorosas manos entre las suyas, y forzó mi dedo a apretar el gatillo.

El pequeño y mortal misil impacto en la cabeza de la chica con tanta fuerza que la empotró en el callejón.

Ya solo quedábamos tres.

La japonesa me sostuvo contra su cuerpo más tiempo del que me pareció necesario, pero...

Me gusto. Me gusto sentirla detrás de mí, saber que alguien me cubría, se preocupaba por mi seguridad. Había pasado toda mi vida sola, sin nadie a quien le importara, y sin importarme nadie lo más mínimo. Ella debió notar algo parecido a lo que me obnubilaba los sentidos en este momento, pues dejó que me recostara en su corta estatura, y me rodeó la cintura con los brazos.

Unos minutos después, cortadas por nuestra reciproca reacción, nos giramos. La tercera chica era inglesa y su piel blanca como la nieve relucía en la oscuridad.

-Salgamos de aquí- dijo demasiado impaciente, y ocultando uno de sus brazos detrás de la espalda.

-Saca la mano- pedí acercándome a ella con cautela.

-¿Para qué?- preguntó a la defensiva, lo que la terminó de delatar. Eso y que su boca ya empezaba a rezumar, además de un tufillo que emanaba a su alrededor. Sus ojos se volvían vidriosos a pasos agigantados.

Se movió lentamente, como si ni ella misma creyera lo que le estaba pasando y enseñó el mordisco que había tratado de ocultarnos. La piel blanca, casi translúcida que antes lucía, empezaba a volverse morada, como si toda la sangre se hubiera agolpado en esa zona de su cuerpo.

-Lo siento- esta vez sin pestañear, apunté a su cabeza y apreté el gatillo sin necesidad de apoyo.

Me enfundé la beretta en la cintura de mis destrozados vaqueros y ofrecí la mano a mi compañera.

-Salgamos de aquí- antes de que la última sílaba saliera de mis labios, nuevos gruñidos llenaron el callejón. Nos pusimos en guardia, dispuestas a luchar por nuestras vidas... con uñas y dientes.

-Juntas- le dije a mi compañera apretando sus delgados dedos.

-Juntas, respondió ella pegando su cuerpo a mi costado, preparada ya para luchar.

Hacíamos un buen equipo. Y nuevamente quedó demostrado, cuando tras una nueva escaramuza, los miembros putrefactos de los zombies decoraron el suelo y las paredes del apestoso callejón.

Mía

Los Ángeles, (EE. UU)

Consuelo se adentró en el denso tráfico de la autopista con dirección a su apartamento. La fresca brisa mecía su pelo mandando las finas hebras en todas direcciones. Su flamante descapotable se deslizaba por el asfalto como si flotara en lugar de rodar.

Consuelo era una aventurera y lo había demostrado al mudarse a una ciudad como aquella, sin conocer a nadie y sin tener si quiera un trabajo que la esperara. Pero enseguida había conocido gente, y ya desde hacía un par de meses trabajaba en un estudio fotográfico. Había sido un cambio radical. Dejo su hogar, su país y su puesto en una clínica dental en la que llevaba unos cuantos años trabajando, para llegar a una enorme urbe en la que al mínimo descuido estabas perdida, en sus calles abarrotadas. Aún así había conseguido salir adelante y le iba fantásticamente bien. Lo atestiguaba con su ropa de marca, su estupendo coche y su estilo de vida despreocupado. Con su maravilloso apartamento en un lujoso edificio, situado en uno de los mejores barrios de la ciudad, que cerraban el lote de una mujer triunfadora.

La mujer se reclinó en el asiento de cuero mientras aminoraba la velocidad para recrearse en la mágica vista que ofrecía Los Ángeles de noche. Millones de letreros luminosos y farolas la iluminaban dándole ese misterioso y atrayente aspecto, aún cuando ya estaba a punto de amanecer. Un pitido estridente la hizo girar la cabeza. Por un momento el sonido la desconcertó. Segundos después reparó en que era el aviso de que el depósito de gasolina, entraba en la reserva.

Tomó el siguiente desvío pues no estaba segura de poder llegar a casa y no le apetecía quedarse tirada en la carretera. Aunque la brisa fresca del amanecer la había revitalizado, estaba cansada, le dolían los pies y estaba deseando llegar a su hogar.

Trabajar con un fotógrafo famoso reportaba muchos beneficios, pero las sesiones podían tener lugar a cualquier hora, como la que acababan de terminar, cuando eran ya más de las cinco de la mañana.

Puso el intermitente y dirigió el vehículo al área de servicio. No había ni un alma y un escalofrío recorrió el cuerpo de la mujer, que sintió con el bello de la nuca se le erizaba en señal de peligro.

¿Qué podía pasar? —Se burlo de sí misma—. Soltó el cinturón de seguridad y se apeó. Se acercó a una de las ventanillas para abonar el combustible. El chico le cobró e indicó cual de los surtidores debía usar. Con la llave del depósito en la mano se acercó a la parte trasera del coche.

Un gemido de dolor la asustó. Lentamente le dio la vuelta al automóvil. Se quedó petrificada. Un hombre sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la rueda trasera y sangrando profusamente.

Consuelo se paralizó. No sabía si correr a pedir ayuda, si socorrerlo ella misma o si subir al coche y quemar las ruedas, puesto que aquél hombre poseía un aura de oscuridad, de peligro .que la dejó tan intrigada como atemorizada.

Finalmente el tipo movió la cabeza hacía ella y clavó sus ojos brillantes y misteriosos en ella. Su boca esbozó una mueca y con esfuerzo levantó la mano.

—Ayúdame... por favor —su voz suplicante la sacó de aquel estado de perplejidad y se acucilló a su lado.

—¿Quién te ha hecho esto? —Pregunté.

—Eso no... importa, solo... sácame de aquí —un nuevo gemido de dolor brotó de aquella boca, cuyos labios partidos y magullados me estremecieron, como si sintiera su tortura en su propia carne.

—Llamaré a una ambulancia —dijo incorporándose para sacar el móvil del bolso que llevaba colgado a modo de bandolera.

—¡No!...—su mano se aferró a los vaqueros de la mujer, antes de que pudiera si quiera sacar el teléfono —por favor... solo sácame de aquí... antes de que... salga el sol —terminó girando la cabeza para observar el amanecer que estaba por llegar.

La mujer no supo que la impulsó, pero dos minutos después acomodaba al hombre en el asiento del acompañante de su coche, llenaba el depósito y hacia rodar las ruedas en dirección a su casa, sin dejar de mirar nerviosa al cielo pendiente de la salida del sol.

El parking estaba abierto y Consuelo no perdió un segundo más. Introdujo el vehículo en la cavernosa estancia. En su cabeza ya iba haciendo una lista de lo que necesitaría para curar las heridas del extraño.

Le ayudó a salir del vehículo. El hombre la rodeó con su brazo, apoyando solo parte de su peso en ella, para poder caminar. Subieron al ascensor.

—Enseguida llegamos —le anunció pulsando el botón de su planta.

El tipo solo asintió con los dientes apretados, tratando de aguantar el dolor.

—¿Estás seguro de que no quieres ir a un hospital? —Preguntó de nuevo antes de meter la llave en la puerta de su apartamento.

—No, tranquila me curo rápido —respondió.

Consuelo no podía creer eso. El hombre tenía la oscura ropa que vestía, tan ensangrentada que no se distinguía si era negra o roja. Nada más abrir le ayudó a llegar al sofá, y después de acomodarle lo mejor posible, corrió al botiquín a buscar lo necesario para parar las hemorragias.

—Cierra las persianas por favor —le pidió el herido cuando estuvo de vuelta en el salón.

Consuelo hizo lo que le pidió, y la habitación quedó en total oscuridad. Pulso el interruptor y reguló la bombilla, puesto que la luz demasiado fuerte parecía hacerle daño a su misterioso invitado.

Al girarse se le secó la boca ante la visión. El hombre se estaba quitando la camisa, revelando los anchos hombros, y el pecho fuerte surcado por algunos cortes y cicatrices que lejos de afearlo, lo hacían más... sexy.

Dejando a un lado, las sensaciones que le produjeron ver aquel cuerpo, le ayudó a volver al sofá y con todo el cuidado del que fue capaz, limpió todos los cortes y rozaduras que pudo encontrar. Sorprendentemente, él tenía razón. Algunos de los cortes ya estaban cicatrizando. Aquello la alertó.

—¿Qué eres? —Le preguntó frunciendo el ceño ante la asombrosa rapidez de curación.

—No me has dicho tu nombre, ni siquiera me has preguntado el mío. No crees que primero deberíamos presentarnos —su voz ya no sonaba dolorida, se estaba recuperando y Consuelo empezó a pensar en la locura que había hecho al traer a un desconocido a su casa.

—Tranquila, no voy a hacerte daño. No haré nada... que tú no quieras— dijo entornando los ojos y atrayendo la atención de Consuelo a sus largas pestañas.

—Me llamo Consuelo —le respondió al fin, aunque no pudo reconocer su propia voz.

—Yo soy David —dijo el hombre ofreciéndole la mano a la mujer que para apartar la vista de él, se había dedicado a recoger todos los algodones y gasas ensangrentadas que había usado para curarle, provocando en él una sonrisa picara, al reconocer la patente excitación que provocaba en ella, y sintiéndose el de la misma forma.

—Gracias por esto Consuelo, te debo la vida —habló solemne.

—No ha sido nada —susurró Consuelo, mientras trataba de levantarse del sofá. El no la dejó.

Su fuerte mano la aferró por la muñeca.

—Sí que ha sido, no todo el mundo haría lo que tú has hecho— Consuelo se encogió por la cercanía, puesto que el hombre la había arrastrado tan cerca del que podía sentir como su cálido aliento le calentaba la mejilla.

Los dedos del hombre subieron por su brazo, haciéndola estremecer con cada roce de aquella piel ardiente. Acercó su cara a la de Consuelo y fijó su peligrosa y oscura mirada en ella. Lentamente, como si le estuviera dando la oportunidad de apartarse se inclinó sobre ella hasta que los labios de ambos se tocaron.

Después de aquel primer y arrollador beso, Consuelo ya no pudo negarle nada más y se entregó a él, abriendo la boca para que su lengua la explorara, la poseyera.

—Querías saber que soy, ¿aun quieres saberlo? —preguntó David con la voz enronquecida por la pasión que le estaba consumiendo. Las ansias por tener a la mujer que se aferraba ahora a sus hombros, eran tales que tenía miedo de perder el control y hacerle daño. Jamás se había sentido tan descontrolado por una mujer, y menos aún por una a la que acababa de conocer.

—S... si —murmuró la mujer.

—Un vampiro —declaró mientras rastrillaba los dientes por la mandíbula de Consuelo, bajando hasta su cuello.

Las manos de la mujer se agarraron con más fuerza a los anchos hombros desnudos de Ángel, haciendo que él le hiciera la pregunta que le quemaba la garganta.

—¿Tienes miedo?

—No. —Consuelo no titubeó, no sabía si por qué no le creía o porqué realmente lo había sabido desde la primera vez que sus ojos se anclaron con los de él.

No hicieron falta más preguntas, ni tampoco más respuestas. David la alzó por la cintura y la sentó a horcajadas sobre sus piernas.

Su boca siguió recorriendo su cuello. Sus dedos se enredaron en él fino tirante de la camiseta que apenas la cubría, mientras seguía perdiéndose en su piel de seda.

Consuelo dejaba sus manos vagar por aquél cuerpo escultural. Poco a poco habían ido dejándose ir, hasta acabar tumbados en la alfombra. De pronto recordó sus heridas y tuvo miedo de hacerle daño. Cuando así se lo dijo, David rió contra su boca.

—Olvida eso amor, no me harás daño —respondió sin dejar de besarla.

Los inquietos dedos de Consuelo se engancharon en la hebilla del cinturón masculino y lo abrió con impaciencia.

Minutos después, ambos cuerpos estaban unidos por un lazo indestructible, formando uno solo ser, una sola alma.

—Eres mía —la voz de David susurró en él oído de la mujer —mía para siempre.

—Tuya —respondió Consuelo perdida en las brumas de la pasión.

—No te dejaré marchar —volvió a hablar contra el cuello femenino, segundos antes de que sus dientes se clavaran con suavidad en su delicada piel, consiguiendo con ello que permanecieran atados para toda la eternidad.

Rescate al límite

Vigo

Noviembre de 2009

Paci se paseaba preocupada por la estancia. Llevaba muy poco tiempo en su nuevo puesto de trabajo y el jefe se marchaba y la dejaba con todo aquél lio. La chica, nerviosa y asustada tenía los cinco sentidos puestos en la tormenta que acababa de desatarse. ¿Qué debía hacer? Cerrar e irse a su casa, situada en un edificio de once plantas en el cual ocupaba la número siete y donde se sentiría segura, y no como aquí que el agua cada vez bajaba con más fuerza calle abajo, amenazando con arrasar con todo a su paso.

Se inclinó en sobre la puerta cristalera para observar el cielo. Unos nubarrones negros lo cubrían por completo. Aunque eran las cuatro de la tarde, parecía ya noche cerrada. El miedo empezó a hacer mella en la chica que además llevaba poco tiempo en la ciudad.

Con semejante aguacero, quien iba a acercarse a una farmacia. Debía haber hecho caso a su instinto y echar el cierre hace rato, antes de que las cosas se complicaran tanto como parecía desde el interior del local.

El sonido de la riada que bajaba calle abajo era ensordecedor. La chica vio alarmada como algunos coches eran arrastrados por la fuerza del aguacero. El viento también soplaba fuertemente haciendo balancearse todos los árboles que la cortina de lluvia le permitía ver.

Siguió avistando todo, cada vez más alerta, más nerviosa. En la calle no se veía ni un alma. ¿Qué incauto se atrevería a salir en una tarde como esa? Cogió el teléfono para comprobar si había línea, horrorizándose ante el silencio del aparato.

Oh dios mío. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué pasa si necesito ayuda? –Pensó aterrada mientras corría a buscar su bolso, rezando para que la batería no le jugara otra mala pasada.

Apenas unas semanas antes llegó ilusionada. Una nueva ciudad, un nuevo trabajo, una nueva vida. Y ahora todo se lo llevaría la riada. Le entraron ganas de gritar, de maldecir su mala suerte.

Observó con horror como el líquido empezaba a colarse por debajo de la puerta, que un rato antes ya tuvo que cerrar para que el fuerte viento no hiciera añicos los cristales.

La farola, que era lo único que alumbraba el exterior ahora que todo se había vuelto verdaderamente oscuro, empezó a parpadear hasta que con un chisporroteo se apagó.

Paci, el ordenador –se dijo, dándose con la palma de la mano en la frente. ¿Cómo no lo pensó antes? Se comunicaría con alguien a través de internet y pediría ayuda. Aliviada, pensando en que había encontrado la solución para salir de allí, se dirigió a la trastienda y encendió el monitor. Esperó, y esperó pero nada. Levantó la cabeza dándose cuenta de que... no había luz. Oh señor, ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

Bueno, calma —se dijo por enésima vez. Está lloviendo ¿Y qué? Ya parará, estoy bajo techo, nada tiene porqué pasar. Si el caudal sube mucho, pues me subiré a la mesa, al mostrador, o a donde sea necesario. Salió de la trastienda más tranquila para ver que el agua ya había conseguido abrirse paso por la puerta y que ya cubría el tacón de sus botas y estás eran bastante altas. Respiró hondo con determinación. No se asustaría, no se pondría histérica, y sobre todo no abandonaría su puesto de trabajo.

Pasó otra hora y la lluvia no cesó. Paci empezaba a flaquear de nuevo, dejándose llevar otra vez por el pánico y los nervios que la atenazaban.

No pasa nada, no pasa nada —se repetía una y otra vez como un mantra.

Unos golpes en el cristal rompieron su plegaria. Dirigió su mirada al lugar procedente del ruido.

Una enorme sombra se cernía sobre la entrada. Las luces de emergencia que ahora era la única iluminación con la que el local contaba, no eran suficientes para ver de quien se trataba. ¿Sería su jefe? Caminó vacilante sin saber si abrir o no. Cuando estuvo a apenas un par de pasos, una cara se pegó al cristal.

La chica suspiró aliviada al ver que no se trataba de su jefe, pero si de un bombero, que sin duda podría ayudarla si se daba el caso de necesitarlo.

Paci abrió la puerta con cuidado, tratando de que entrara la menor cantidad de agua posible.

El enorme hombre que tenía delante se exasperó y arremetió contra la puerta y contra la misma Paci para abrirse paso hasta el interior de la farmacia.

—¿Pretende tapar el sol con un dedo? ¿No ve que es imposible impedir el paso del agua?

El bombero le habló con rudeza.

—Que le importa, ha venido para ayudar o para criticar mi forma de actuar en mi puesto de trabajo —a la chica le cayó mal aquel tipo nada más oír su voz.

El hombre se encogió de hombros y entró empujado con fuerza la puerta para aislarse en lo posible del ruido ensordecedor que ocasionaba la tormenta y lo que arrastraba a su paso.

—¿Tiene línea telefónica? —Preguntó quitándose el casco y dándole a la chica una... bonita visión de su físico, que con disgusto tenía que reconocer, no podría ser mejor.

Era un hombre alto y fuerte. La cazadora del uniforme apenas si hacía algo por ocultar sus anchos hombros musculosos.

Paci negó con la cabeza ante su pregunta, no pudo decir nada más pues la boca se le había secado con semejante visión. Era sin duda el hombre más guapo y atractivo que había visto nunca.

—¿Algún móvil, conexión adsl, ordenador?

—No hay luz —apuntó la chica señalando a las luces de emergencia que eran las únicas con las que contaban.

El bombero maldijo entre dientes.

—La situación ahí fuera está complicada, pronto esto será una piscina y no podemos quedarnos aquí.

—Yo no iré a ninguna parte —gritó la chica alarmada—. No pienso salir a ese infierno de agua de ninguna manera— recalcó cruzándose de brazos.

—Esperemos a ver qué dices, dentro de —alzó su brazo para mirar la hora, revelando una fuerte muñeca cuando se subió un poco la manga de la cazadora —una hora.

—Diré lo mismo que ahora, no me moveré de aquí, mi jefe me dejó a cargo de todo y no puedo irme hasta que el no vuelva.

El hombre soltó una carcajada.

—En un rato aquí no habrá nada que cuidar, la riada se lo llevará todo, nosotros incluidos si no nos movemos.

El miedo hizo que la chica temblara y que el hombre lo notara.

—Bueno no te preocupes, soy buen nadador —dijo divertido, sin duda para quitar algo de hierro al asunto.

—¿Y donde están sus compañeros? —Preguntó Paci repentinamente.

—La calle es un caos, me aparté del grupo para ayudar a una mujer a entrar en el portal de su casa y... aquí estoy. ¿Cómo te llamas?

—Paci —respondió después de unos segundos de duda—. ¿Y tú?

—Antonio —el bombero le ofreció la mano y cuando la chica se la estrechó, un extraño relámpago la sacudió.

Apartó los dedos que el hombre había retenido más tiempo del debido, preguntándose si el también habría sentido aquello.

Una hora después...

Antonio no se había equivocado. El agua ya había subido casi un metro y las cajas de medicamentos flotaban por todo el lugar. La chica temblaba de frío. Se quitó la cazadora y se la ofreció. Ella negó con la cabeza.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo una vez más y Paci volvió a negarse.

—No me moveré de aquí —era tan terca como una mula.

Paci no quería ni mirar en dirección de Antonio. Se había quitado la cazadora revelando su torso musculoso, apenas cubierto por una camiseta sin mangas que se ceñía a su cuerpo firme y...

La mente de la chica se fue por unos derroteros que de pronto le hicieron sentir calor. Bajó la mirada para que Antonio no notase su turbación. Estaba tan nerviosa ante su presencia, que había olvidado el motivo por el que ambos habían quedado atrapados allí.

—Bueno no esperaré más a que decidas que ha llegado el momento de largarse —Antonio bajó sus fuertes piernas del mostrador en el que ambos estaban sentados, sumergiéndolas en el agua helada y se plantó ante ella. Le puso la chaqueta sobre los hombros, forzando a Paci a que metiera los brazos en ella. Una vez se la hubo colocado y abrochado, levantó el rostro hasta el de la chica y sus ojos se trabaron en los de ella.

—¿Vienes conmigo? Sí o sí...

Sin una palabra más, sus grandes manos le rodearon la cintura atrayéndola hacía el calor de su cuerpo y antes de levantarla contra él, su boca se posó sobre la de la Paci, robándole un beso que la dejó temblorosa y deseando más, mucho más y no era ella la única en anhelar, él también... La prueba de ello la sintió la chica clavada en el hueco entre sus piernas.

Paci se vio elevada en el aire mientras que Antonio peleaba contra los objetos que le impedían el paso en dirección a la puerta.

—Agárrate fuerte princesa —le dijo una vez que estuvieron en la puerta y se disponían a salir.

Y Paci se colgó de su cuello y nunca más volvió a soltarse.

Difícil pasado, oscuro presente

Miró incrédulo al hombre tras el escritorio.

—No estás hablando en serio —a Ryan le costó dios y ayuda reprimirse y no dar un puñetazo en la superficie llena de papeles—. ¿De verdad me estás pidiendo que haga de niñera para una niña rica? —Preguntó bruscamente.

—Ryan... eres el único capacitado para el puesto —dijo—. Además, Malone quiere que seas tú.

—No. —Ryan Lauper se levantó y se dirigió a la puerta.

—Ryan —el hombre exhaló ruidosamente—. Tómalo como un favor personal —le pidió.

—¿Un favor personal? —Ryan sacudió la cabeza—. Me pides mucho... Sabes que... no puedo.

Peter Smith, sabía que para su amigo era difícil lo que le estaba pidiendo, pero...

—Malone es un hijo de puta —siseó Ryan—. No me pidas que... —Peter le vio apretar los dientes.

—Lo sé, pero... —Peter no quería compartir aquello con nadie—. Sé que es un maldito cabrón, pero le salvó la vida a mi hijo cuando ningún jodido banco quiso hacerme un préstamo para su operación.

Ryan no sabía eso.

Cuando cinco años atrás volvió del ejército, supo que el hijo de su jefe y amigo había estado enfermo, pero nunca supo que la enfermedad fue de tal gravedad.

—Lo siento —Ryan no solía pedir disculpas, de hecho era la primera vez que lo hacía en muchos años.

Desde que entró a trabajar en los rangers, Ryan había detenido a un buen puñado de criminales, pateado algunos culos, desmontado más de una red de traficantes, trata de blancas, falsificadores, estafadores y un sinfín de delincuentes. Para ello había destrozado uno que otro coche, montado bastantes bullas en club nocturnos, pero nunca, jamás, pedía disculpas por ninguna de sus acciones.

—Lo sabe muy poca gente —admitió Peter—. Ryan... no te pediría esto, créeme — Ryan le creía.

Si alguien sabía lo que había pasado muchos años atrás con Malone y su hija, ese era Peter.

—Lo sé, pero...

Ryan no podía, no quería tener que enfrentarse de nuevo a la única mujer a la que su corazón de piedra se había permitido amar; y la única que se había dado el lujo de rechazarle. Después de aquel desengaño, nunca, ninguna mujer volvió a herirle. No le permitió a ninguna otra acercarse lo suficiente. Las usaba y las abandonaba.

—Malone me exige que seas tú, el que se ocupe de su hija —anunció Peter—. Sabe que eres el mejor, y te quiere a ti. Si no... aumentará los intereses del préstamo que me hizo y...

—¿Cómo te involucraste con un tipo así?

Peter se levantó del sillón detrás del escritorio, en el que aún seguía sentado. Se pasó los dedos por el pelo corto, tanto como el de Ryan, paseó por el despacho hasta colocarse ante la ventana.

—Mi hijo... se iba —Ryan vio como las manos del hombre temblaban y por primera vez en muchos años, sintió una emoción que no fuera ira, rabia, odio; sintió compasión.

—Lo entiendo —le dijo eximiéndole de contarle nada más. Sabía que sería duro hablar de ello y él nunca había sido bueno escuchando a la gente.

—Lo haré —después de un par de minutos de silencio, Ryan comprendió que no podía negarse. Peter no podría hacer frente a una suma tan elevada de dinero y su familia se derrumbaría.

Dos semanas más tarde, Ryan iba camino al apartamento de la señorita Malone.

Apretó el volante con fuerza, reprimiendo nuevamente las ganas de golpear algo. Cada vez que recordaba como la señorita de hielo, le rechazó, rompió su corazón...

Apartó todo resquicio de recuerdo de su mente, no iba a pensar en ella, no se permitiría pensar en esa cruel mujer.

Ahora era un hombre duro, curtido. Tenía treinta y seis años. Había visto mucha sangre, mucha muerte y destrucción, como para que el recuerdo de un amor que no fue le desestabilizara. Iría allí, haría el trabajo y se marcharía sin mirar atrás.

Aparcó el chevrolet captiva que su jefe había tenido que sustituir después de la última redada en la que participó y comprobando que la calle estuviera despejada, se dirigió al edificio de apartamentos de lujo donde la princesa de hielo estaba recluida. Su jaula de oro —pensó—.

Hizo una mueca ante la idea de volver a verla. Apretó los dientes y caminó hasta la entrada, donde uno de los hombres de seguridad de Malone le esperaba.

Después de las típicas comprobaciones, saludó al hombre al que ya conocía debido a su trabajo y subió en el lujoso ascensor hasta el ático.

La señorita Malone le abrió la puerta y sin mirarlo si quiera se hizo a un lado para que pasara.

—Ya le he dicho a mi padre que... —calló súbitamente y Ryan pudo comprobar que no se imaginó ni por un momento a quien estaba dejando pasar a su casa.

—Ryan... —balbuceó.

El hombre pudo ver como su labio inferior temblaba, como en sus ojos brillaban las lágrimas, ¿de emoción, vergüenza, nostalgia...? No sabía.

Por un momento Ryan deseó tomarla en sus brazos, besar aquella boca para que dejara de temblar y limpiar aquella solitaria lágrima que resbaló por su tersa mejilla.

Por un momento; solo por un momento.

Entonces la última frase que aquellos labios traicioneros le espetaron, regresó a su mente con total claridad y Ryan apretó el puño y le respondió como se merecía.

Levantó la otra mano para detener el avance que ella había iniciado hasta él.

—He venido a hacer de niñera, a salvar tu culo —le aclaró—. Haré mi trabajo y me marcharé —terminó bruscamente.

La chica se detuvo en seco. Sus pequeños dientes mordieron el tembloroso labio.

Ryan volvió a experimentar el deseo de consolarla. De nuevo aquella recurrente frase volvió a sonar en su mente.

—Tú y yo pertenecemos a mundos diferentes; no puedo seguir contigo.

Sacudió la cabeza y gravó a fuego aquellas palabras.